

mientos de un arqueólogo, perjudica á la fachada de San Marino, de M. Pierron. Para ser moderno no basta emplear barros cocidos, mates ó esmaltados, á diestro y siniestro. No descubro, lo confieso, no descubro la intención del constructor. Nada bien claro y neto sale de esta confusión, en que el detalle clásico corriente está interpretado por materiales contemporáneos.

A esta incolora manifestación artística prefiero la fachada de Italia. Y no es que esté apasionado de esas columnas retorcidas en que hay incrustados multicolores mosaicos, ni de esos endeble pináculos de pseudo-alabastro, ni de esos capiteles uniformes, ni de ese estilo híbrido, bastardo vergonzoso de la exquisita Cartuja de Pavía, estilo semi-gótico, semi-renacimiento, que ha sostenido durante veinte años las litografías de romances y daba deliquios á la generación de Luis Felipe. Mi admiración está en otra parte. Pero con toda equidad reconozco que el signor Manfredi ha reproducido escrupulosamente una página de la arquitectura nacional de su país.

Si esta arquitectura, demasiado ponderada, carece de gusto, no es culpa del artista. Este pórtico al uso de los trovadores de 1830, tiene á lo menos el mérito de revelar el estado de alma de un pueblo y de una época. Más vale esto que ejecutar variaciones brillantes y de alta fantasía con un lápiz y un pincel.

Nada hay que decir de Dinamarca, representada por un solemne, pretencioso y vano pórtico corintio sin color ni carácter.

En cuanto á Inglaterra, que terminará este rápido estudio de las exposiciones extranjeras, he de hacer constar que está encarnada fidelísima y muy maliciosamente en las puertas y el pórtico mezquinos, guindados, fríos, que encierran su exposición.

Es el tipo del dibujo británico y de la frialdad presbiteriana; el triunfo del burguesismo y de la corrección presuntuosamente académica en lo que tiene de más horripilante; el ideal aplanado por el laminador, y el pensamiento pasado por la rueda de acero; es la falsa ciencia sofocada ya y anémica, y el arte dividido en acciones, reducido á negocio industrial bajo la razón: *Architecture and C.*

¡Dios proteja á Francia y nos salve de semejante azote!

FRANTZ JOURDAIN.



Taller de esbozos

## LA RELOJERÍA SUIZA

### I

Acaso no haya una industria que responda tan íntimamente como la relojería á las peripecias de la vida moderna. Midiéndonos sin cesar el tiempo, los relojes nos ponen en estado de adaptar exactamente nuestra existencia á las crecientes necesidades y urgencias de cada día.

En nuestra complicada civilización, en que todo es científico y se quiere mecánico, en que se hace de antemano la cuenta de lo imprevisto, como en un plan de batalla, la manecilla del reloj es la imperiosa ordenadora de nuestros pasos y la reguladora indispensable de nuestras acciones.

De un extremo á otro del universo, las comunicaciones instantáneas y la facilidad y rapidez de los viajes, han modificado y unificado también las condiciones de los negocios, suprimido ó abreviado los largos ocios de la espera, y dado, por decirlo todo, á los menores instantes un valor activo, que es peligroso descuidar.

El hombre no obra ya solamente en torno de sí con inmediato poder; su voluntad se manifiesta á través del espacio tan rápidamente como quiere. Un acontecimiento que ocurre en cualquier zona, y puede influir en nuestros destinos, luego al punto nos es conocido. Hemos menester aprovechar informes imprevistos, acelerar nuestras decisiones, cambiar nuestros medios de acción, multiplicarnos, forzar la máquina, digámoslo así.

Se nos avisa el peligro que nos amenaza y la esperanza que nos halaga: á nosotros nos cumple prevenir las circunstancias y llenar nuestras horas con toda precisión, para no perder tiempo. Nada de aplazamientos. Corramos al telégrafo, interroguemos á

nuestros lejanos amigos por el teléfono, tomemos el tren más rápido, vivamos el doble, pero hagamos frente á todo. Ganar tiempo es la preocupación moderna por excelencia. No puede representarse al hombre de fines de este siglo, sino con el reloj en la mano. En las esquinas de las calles, en las fachadas de las casas, donde quiera que se conviertan los ojos, aparecen los relojes, no como vanos ornamentos, sino como esenciales estímulos de la celeridad pública. El *anda anda* de Bossuet está inscrito en todas partes, ineluctable, absoluto; y es imposible sustraerse á la común agitación, á la prisa universal.

En su virtud, no hay que extrañar los progresos realizados por la relojería, progresos que se revelan de la manera más espléndida en la Exposición universal. En ciertos países, sobre todo, donde esta industria se ha desarrollado particularmente, su producción se ha perfeccionado, multiplicándose en un décuplo. Ved, sino, en el Campo de Marte las relojerías suizas, que bien valen la pena de estudiarse.

Se fabrican relojes en Suiza desde que se inventó la relojería de bolsillo; pero no se crea que allí más que en otros países ha permanecido estacionaria. Todo se desarrolla á la vez en una época, siguiendo una ley general.

La relojería suiza constituye una industria de primera importancia y de las mejor organizadas. Los medios mecánicos están en Suiza tan bien conocidos, que desde muy larga fecha se dejaron de emplear otros. En 1839, Leschot, de Ginebra, hizo su aplicación en grande escala, creando un taller especial para la producción de esas series de resortes llamados *esbozos*. Su ejemplo hizo reflexionar y se siguió resueltamente.

Es inútil indicar aquí los usos adoptados de mucho tiempo atrás y con los cuales comenzó á prosperar la industria relojera en Suiza. Bien que tiendan á transformarse bajo la doble influencia de las condiciones económicas y de los nuevos procedimientos, estos usos no están abolidos todavía. Las piezas esenciales del reloj se venden al por mayor, en las fábricas, á productores particulares llamados *montadores*. Estos hacen terminar la obra, pieza á pieza, valiéndose de obreros que trabajan á su vista ó en sus propios domicilios, pero consagrado cada cual á una operación única. Se verifican y ajustan en seguida las diferentes piezas venidas de diferentes manos, y ya no hay más que armar el reloj en su caja de metal adornada con más ó menos gusto y riqueza.

Las ventajas de tal régimen no son dudosas: deja, por ejemplo, á la iniciativa individual una preciosa libertad, alienta los esfuerzos originales y favorece la variedad de productos. Veinte fábricas de *esbozos* alimentan ochocientas setenta casas de montaje, las cuales suministran al comercio un contingente de cuatro millones de relojes ó máquinas de reloj, por valor de cien millones de francos.

La concurrencia tiene á menudo dos efectos: determina primero una baja en los precios de venta y hace luego al comprador más exigente. Es lo que ha sucedido en relojería. No basta ya atraer al público con el estímulo de la baratura; los que necesitan saber qué hora es encuentran muy puesto en razón no pagarlo caro, pero no están porque se les endosen productos inferiores.

De aquí la necesidad en los fabricantes de procurar no ya sólo la baratura en el precio de venta, sino también producir relojes sólidos y seguros. El número de las demandas impone el deber de ir aprisa y con regularidad, y las exigencias de la clientela requieren á la vez la economía y la buena fabricación.

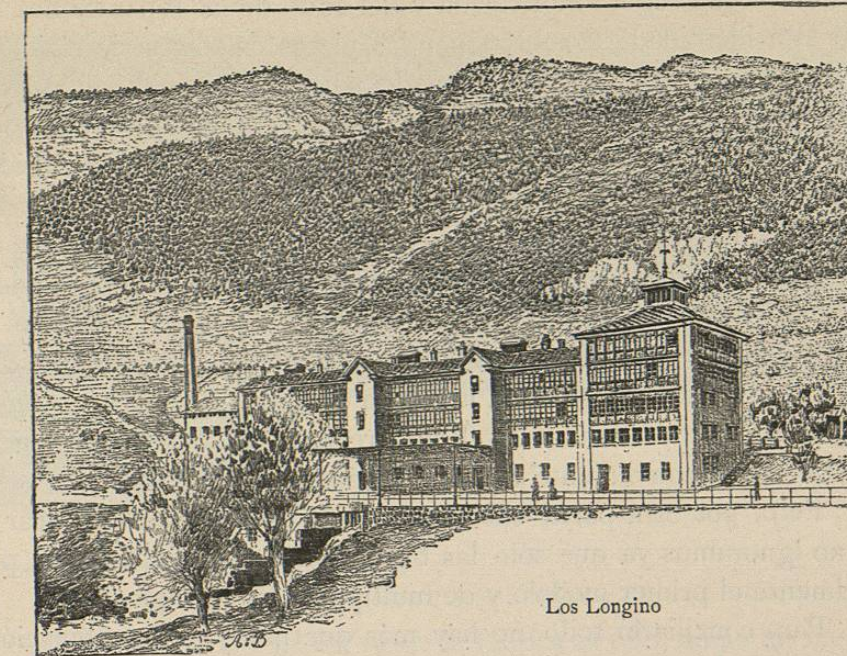
¿Cómo conciliar estos datos al parecer opuestos? El método del montaje ofrece garantías; pero, hágase lo que se quiera, es bastante lento y costoso. Un nuevo programa se ha elaborado, pues, naturalmente. Era preciso crear fábricas de relojería, donde se agruparan las especialidades dispersas, donde todos los trabajos sucesivos se ejecutaran bajo una vigilancia exclusiva, única, donde el acero, el cobre, el níquel, el oro, la plata y todas las primeras materias entraran en bruto, y de donde salieran convertidas en relojes acabados, irreprochables, por medio de cuantos aparatos y máquinas se pudieran inventar. La relojería vendría á ser así una industria de primer orden, con medios para satisfacer todas las exigencias. Y este es el programa que se realiza progresivamente de veinte años acá.

En Francia poseemos una fábrica excepcional, la casa Japy de Beaucourt; pero el movimiento que acabamos de bosquejar apenas se ha propagado. En Suiza al contrario, las fábricas de carácter nuevo son cada día más numerosas, activas y prósperas. A estas fechas hay nada menos que veintiséis, que ocupan seis mil operarios y producen un total de ochocientos mil relojes. La producción suiza, relativamente á la extensión y población del país, es la más considerable. Según la memoria oficial de la Exposición de 1878, viene inmediatamente después de Francia, y antes que América, Inglaterra, Austria y Alemania, con un total de negocios de sesenta millones. «Suiza, dice la memoria citada, no tiene rival en relojes complicados. Produce en este género obras admirables, y fabrica en grande escala todas las variedades de relojes, desde los de precisión hasta los más inferiores.»

Estas afirmaciones merecen anotarse.

## II

Sin esfuerzo ninguno puede imaginarse el grado de precisión, el vigor matemático que exigen en su extrema delicadeza los diversos trabajos de la relojería. Importa sobre manera que esas diminutas piezas, fabricadas separadamente, ajusten con toda exactitud. Mejor dicho, los procedimientos mecánicos tienden á hacer los diversos elementos de la misma clase idénticos y sustituibles unos con otros en caso de necesidad, lo cual es la ga-



Los Longino